

POR UN CATOLICISMO PARADOJICO

«Es necesario que haya herejías», decía San Pablo en su primera Carta a los Corintios (cap. 11). Y San Agustín lo repetía incansablemente, en su movido tiempo de disensiones.

La herejía, decía Monseñor Knox hace unos años, es la insistencia parcial—demasiado parcial—en una verdad olvidada. Pero si estaba olvidada o casi olvidada, es bueno que se nos recuerde, a pesar de todo, y que se haga enérgica y drásticamente para evitar que todo quede en una justa verbal sin consecuencias prácticas.

Y esos nobles creyentes, que nos recuerdan lo que olvidamos, haciendo el papel tan decisivo que señala Pablo de Tarso, son los que hemos llamado herejes. Lo malo es que los hemos excomulgado y condenado, cuando deberíamos haberlos acogido con los brazos abiertos porque eran y son «necesarios». ¿Para qué? Para que no nos consumamos en la tibieza de unas actitudes complacientes, ineficaces y tímidas.

Al creyente oficial, sin embargo—al complaciente con la rutina de siglos—, le fue más fácil expulsar a este—según San Pablo— imprescindible personaje, que escucharle.

Y nosotros, en nuestro país, tenemos a gala haber sido—como otros países católicos— martillo de herejes. Lo fue el médico Servet, perseguido en España y muerto por Calvino, o el literato Valdés o el bibliista Casiodoro de Reyna, o el espiritual Miguel de Molinos, o los cientos y millares de inconformistas que han pasado innominados en nuestra historia, aplastados por el paso de nuestro orgullo conformista.

Sin embargo, aquellos hombres hubiesen sido «necesarios» en nuestro país para salir de nuestro progresivo letargo religioso.

Nuestro catolicismo—se diga lo que se diga— en estos avatares de ortodoxia inútil perdió sus principales esencias. Tan las perdió que nuestros verdaderos clásicos—como lo fueron nuestros místicos— han sido incluso entibados por la mayoría de nuestros comentaristas religiosos. ¿Qué ha quedado del inconformismo intelectual y práctico de San Juan de la Cruz? ¿Qué permaneció del espíritu evangélico tan crítico de Santo Tomás de Villanueva? ¿Qué nos queda del universalismo espiritual erasmista, que tanto arraigo tuvo en el siglo XVI entre nosotros? ¿Qué de la autonomía social y personal predicada por los teólogos de Salamanca—un Vitoria, un Soto, un Medina— hace cuatro siglos?

Ahora—si queremos seguir siendo creyentes los católicos— tenemos que recuperar la esencia del catolicismo, lo que de positivo tenga el núcleo realmente vital expresado a través de la historia humana.

Creo, igual que intuyó el cardenal Nicolás de Cusa al fin del medioevo, que el catolicismo es una «complejo oppositorum»: una vida (intelectual, afectiva y social) que sabe comprenderse a sí misma como compleja y llena de oposiciones internas. Es—como en este siglo señaló Chesterton, el pensador católico— una paradoja, una vital paradoja.

Ciertamente, si yo no lo hubiera comprendido así en mi experiencia personal, no sería católico. Hace años que hubiese abandonado la creencia, porque estoy íntimamente persuadido de que lo real es siempre un «complejo de opuestos».

El sesudo Hegel recordó, hace dos siglos casi, que «el necio jamás advierte que todo tiene dos caras...; el verdadero pensamiento no discurre, por tanto, en línea recta, como un pensamiento estancado y fijo». (E. Bloch: *El pensamiento de Hegel*.)

Y ahora el revolucionario Mao-Tse-Tung recuerda lo mismo: que «ser subjetivo es no saber enfrentar una cuestión objetiva... El examen unilateral consiste en no saber ver las cuestiones en todos sus aspectos. Es lo que ocurre, por ejemplo, cuando se comprende la China y no el Japón...; sólo las situaciones favorables y no las desfavorables, sólo el detalle y no el conjunto, sólo el pasado y no el futuro...; cuando no se comprenden las particularidades de los dos aspectos de una contradicción». (De la *Contradicción*.)

El catolicismo, visto a través de la historia de su pensamiento y de su acción, es también paradójico, y—lo que es más importante— fomenta la paradoja. Lo malo es que casi nos hemos olvidado de ello a fuerza de ortodoxias jurídicas, doctrinas seguras y normas exteriores imprescindibles. El que iba a misa era ya por eso mismo religioso; el que aceptaba el catá-

logo de condenaciones de Papas y Concilios, resultaba ortodoxo; el que obedecía, nunca se equivocaba. Con ese simplismo hemos procedido, y—poco a poco— este ejercicio falsamente tranquilizante nos ha deformado.

Pero ya Escoto—contradiendo a Santo Tomás— pensaba que la inmortalidad del alma era indemostrable por la pura razón; San Buenaventura—en el siglo XIII— opinaba que la teología—que hoy queremos afirmar que es una ciencia— era una empresa científicamente imposible; el cardenal Pedro d'Ailly, en el XV, afirmaba que «la filosofía de Aristóteles—la que casi canonizó León XIII— merece más bien el nombre de algo dudoso que científico»; y Nicolás Oresme, en el XIV, se opone a las anticatólicas opiniones eclesiológicas medievales, propugnando antes de tiempo el heliocentrismo copernicano, la gravitación galileana y la geometría analítica de Descartes, y el místico Eckhart, en aquella época, nos presenta un Dios paradójico, el único que hoy podemos aceptar, resultado de su ser y su no ser, de su interioridad y su exterioridad, de su silencio expresivo que le hacen existente o ideal—según los casos—, tal como paradójicamente se presenta a nuestros limitados ojos.

A los ordenados y sistemáticos monjes medievales sucede el no menos medieval y bohemio San Francisco de Asís, que no quiere más regla que la ausencia de regla jurídica. Al serio San Ignacio de Loyola, que daba consejos sobre cómo llevar la boca medio abierta por modestia, le complementa el humorista San Felipe Neri, que disfrutaba dejando a los chicos, cuando entraban en su residencia, que se colgasen de las lámparas. A San Simeón, el penitente estilista sentado durante años en una columna, le contradice otro San Simeón, al que llamaban «el Loco», que por venerarle demasiado sus conciudadanos, a causa de su desprendimiento con todos, se desnuda ante su patrona para que le tengan por un irresponsable. Junto a Santa Gema Galgani, obediente a todos (sea al confesor o la dueña de su casa) tenemos a la Beata Ana María Taigi (la madre de familia romana) que no fue canonizada como Santa por haber obedecido excesivamente a su confesor. A Wicleff se le condena en el siglo XV—entre otras cosas— por decir valientemente que «enriquecer al clero es contra la regla de Cristo» (Denz. núm. 612); condenación eclesiológica del medioevo que está en contradicción con el Concilio Vaticano II, que propugna una Iglesia pobre. Y la más profunda y vital de sus internas oposiciones es su dogma de la Trinidad, en el que aparece lo uno y lo múltiple asentado en la realidad última de todas las cosas, para demostrarnos en un ejercicio de praxis—donde lo más teórico es lo más práctico, y lo más práctico es pauta de teoría— que toda realidad debe intentar compaginar lo uno y lo diverso, lo individual y lo social, lo personal y lo comunitario. Por eso, Feodorov, el teólogo oriental, dice que «el dogma de la Trinidad es nuestro programa social», ya que si los cristianos lo hubiesen tenido en cuenta, como expresión de la realidad más profunda que está en el seno de todo, nuestro modelo social no hubiera sido el individualismo ni el régimen de propiedad privada, sino un personalismo comunitario o un comunitarismo personalista.

Así es como el catolicismo puede ser algo práctico, progresivo y dinámico que ayude al mundo, y no—como lo hemos presentado en muchas ocasiones— un conjunto de doctrinas anquilosadas y estáticas que frenan la vida, o un jeroglífico de términos incomprensibles que pretenden someter nuestro intelecto.

Naturalmente que esta descripción paradójica—o de su historia o de sus doctrinas— no tiene en mí ninguna pretensión apologética: es sólo expresión de mi propia experiencia personal.

Cuando leo la historia del catolicismo o estudio sus doctrinas, me esfuerzo por traspasar su envoltura usual y hago el intento de calar en ese dato, para ver qué realidad encuentro al vivirlo. Y encuentro siempre—con más o menos dificultad— algo que no casa con los moldes corrientes, lineales y simplistas. Encuentro un trasfondo profundo de realidad dialéctica que me ayuda y me construye desde dentro, y no como una horma exterior. Siento lo que confesó Nietzsche, en 1862, del cristianismo: «Las principales enseñanzas del cristianismo no enuncian más que las verdades esenciales del corazón humano».

Eso es lo que me descubre mi paradójico cristianismo: el único en el que creo.

MIRET MAGDALENA